

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM. 88

40 Cents.

24 OCTUBRE  
1926



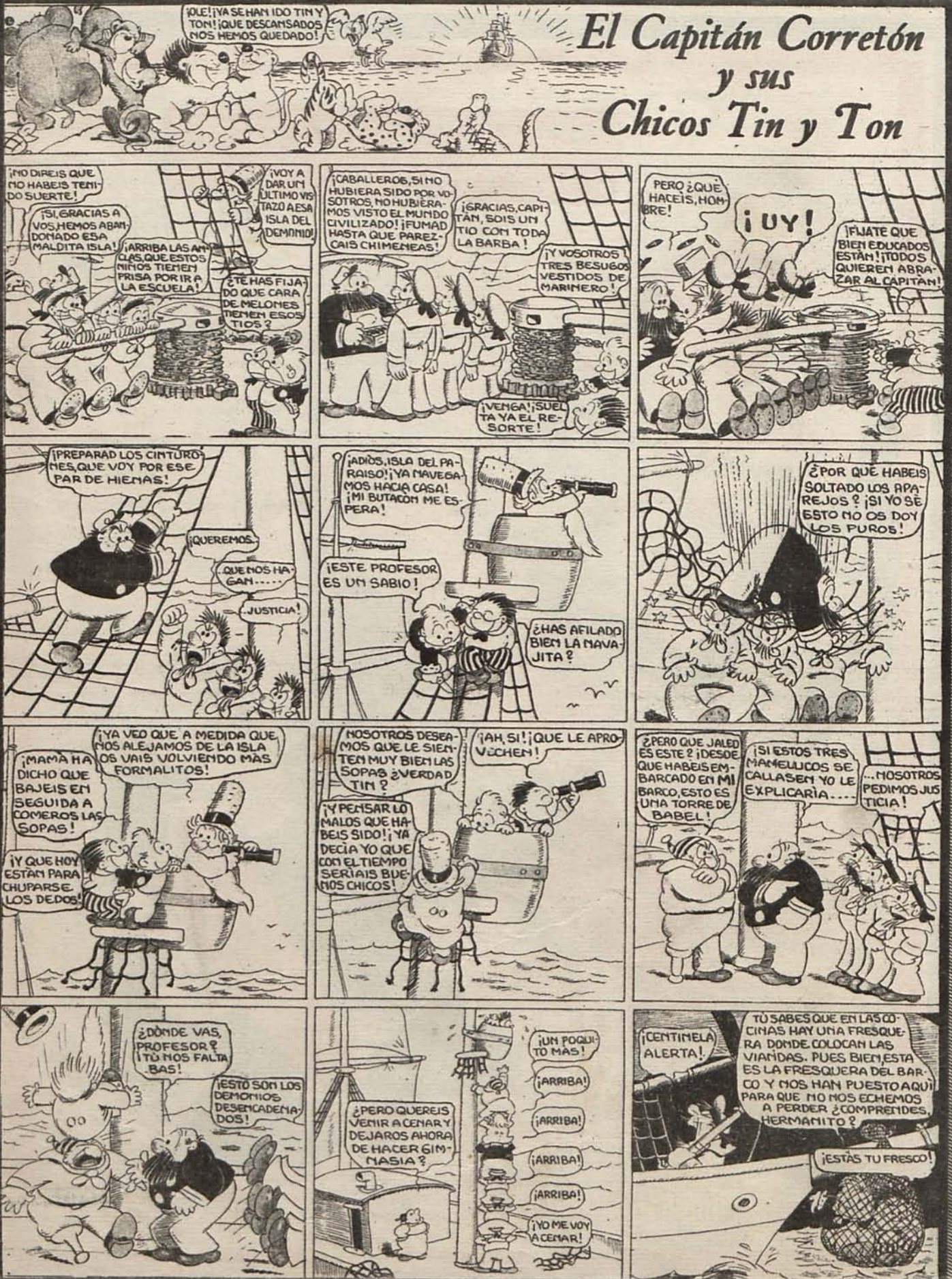


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





# PROGRAMA PARA HOY

## EL SECUESTRO

*Sensacional*

# GRAN CINE



El profesor Martin, director del internado para niños de Saint John, hallábase paseando por su despacho con el rostro nublado por sombríos pensamientos. Sentados junto a la mesa estaban Paddy O'Darrell, el detective, y Bob, su ayudante, que acababan de llegar, llamados por un telegrama urgente del director.

—¿Conque dice usted que se ha escapado del colegio uno de los internos?

—Sí, señor; la nota que el chico me ha escrito no deja lugar a duda. Verá usted; el muchacho en cuestión, que se llama Tom Sandford, tiene catorce años de edad y es inteligente y vivo. Ayer por la tarde tuvieron asueto, y según me han dicho los otros colegiales, Sandford se marchó solo por el páramo.

—¿Le ha visto alguien ir en esa dirección?

—Sí; le vieron otros dos muchachos, y como al llegar la noche no volviera, yo me alarmé y envié unas cuantas personas a hacer una exploración; pero al ir los otros chicos al dormitorio, encontraron encima de la cama de Sandford una carta dirigida a mí y que lo explica todo. Aquí la tienen ustedes.

Y el director del colegio les mostró una hoja de «block» escrita con bastante mala letra, que decía:

«Estoy cansado del colegio y me marché para ganarme la vida. No me busque usted, porque sería inútil; no pienso volver al colegio.—T. Sandford.»

—A pesar de que esta carta me lo explica todo, no alcanzo a comprender esa escapatoria del chico, porque es un muchacho que parecía muy contento en el colegio y no sé que haya tenido ningún disgusto.

—¿Tiene padres el chico?

—No; está bajo el cuidado de un tutor que vive en Sunderland.

—¿Y lo ha comunicado usted a la policía?

—No; he preferido mandar a llamarle a usted, pensando que tal vez usted pueda encontrarlo y traerlo otra vez al colegio, con lo cual se evitara el escándalo que su desaparición ha de causar.

—Descuide usted, señor profesor, que nosotros haremos todo lo que podamos por encontrarlo —dijo Paddy levantándose de la silla—. Esta carta me quedará yo con ella, y ahora le agradeceré que me enseñe el dormitorio del chico.

El director llevó a los detectives al piso de arriba, y en el extremo del pasillo abrió una puerta que dejó ver unas cuantas camas muy limpias puestas en fila. Al lado de cada una de ellas había un armario que indudablemente pertenecía al ocupante de la cama.

El profesor indicó la tercera cama, que era la que ocupaba Sandford.

—¿Y este armario es el del chico? —preguntó Paddy.

—Sí, señor.

—Está bien. Creo que ya estoy en condiciones de empezar las pesquisas y le iré comunicando todo lo que vaya averiguando.

Y el director salió del dormitorio para atender a sus ocupaciones.

—Lo primero que vamos a hacer, Bob, es examinar todos los objetos del chico —dijo Paddy—, pues algunas veces el detalle más insignificante puede proporcionar una pista.

Y acto continuo fué sacando todo lo que contenía el armario y extendiendo todos los objetos encima de la cama. La mayor parte de las cosas eran prendas de uso corriente. En el fondo del armario había un sobre abierto que contenía un billete de libra y un aviso para recoger un giro postal de diez chelines. Paddy y Bob cambiaron miradas de inteligencia, y Bob dijo:

—¿No le parece a usted muy extraño que Sandford haya dejado en el armario una libra y diez chelines?

—Este es el misterio número uno y tal vez nuestra primera pista —observó Paddy—. Si Sandford hubiera resuelto abandonar el colegio para ponerse a trabajar, necesitaría hasta el último céntimo que poseyera. Por otra parte, tampoco puede haber olvidado que tenía aquí este dinero, porque es una cantidad muy grande para que un chico se olvide de ello. ¿Qué es esto? —añadió. Y se puso a hojear un cuaderno de ejercicios que no dejaban lugar a duda de que era el trabajo de un estudiante en clase. Después de examinar la escritura la comparó con la carta de despedida. Bob examinaba fijamente a su jefe.

—¿Está usted comprobando si es la misma escritura?

—Precisamente estoy buscando alguna palabra semejante a las que dice la carta.

La investigación tuvo éxito, pues los dos detectives, que tenían práctica de comprobar manuscritos, sacaron en consecuencia que aunque la escritura de la carta se parecía a la de Sandford, no era de él.

—Casi tengo la seguridad de que esta carta es falsa —dijo Paddy, que nunca se arriesgaba a dar su opinión si no estaba completamente seguro de ello—; pero tenemos que cerciorarnos, Bob. Si Sandford no escribió esta carta, tampoco la ha tocado, y eso puede demostrarnoslo otro miembro de nuestra sociedad...

—¿Que es Trailer! —concluyó Bob—. Voy a buscarlo en seguida, pues lo he dejado atado junto a la casa del portero,

Asintió Paddy y el ayudante salió al pasillo. Al extremo de él estaba el portero, que se llamaba Williams, y que en la breve conversación que habían sostenido con él los detectives al entrar, habían observado que era una persona muy reservada. Como Bob no tenía nada que hablar con él, siguió de largo hasta la escalera, bajó al piso de abajo y fué hasta la casa del portero. Allí, atado con una cadena, estaba el magnífico sabueso, que tantas veces ayudara a Paddy y a Bob a llevar los asuntos a un feliz término.

—¡Ven acá, Trailer, que se requieren tus servicios! —dijole Bob soltándole, y seguido de él entró otra vez en el dormitorio.

—¡Vamos allá! —exclamó Paddy—. Hay aquí un sombrero de Sandford. ¡Ven aquí, Trailer! ¡Olfatea esto!

El perro olfateó el sombrero y en seguida empezó a dar



Los mejores Pinochistas son mis suscritores. Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

PINOCHO





vueltas por el dormitorio; pero Paddy le sujetó y le puso la carta junto a las narices. El sabueso no hizo caso de ella.

—Esto confirma mis sospechas, Bob. Si Sandford hubiese escrito esta carta, *Trailer* habría encontrado en ella el rastro que está buscando. Estoy firmemente convencido de que el muchacho no se ha escapado, sino que lo han secuestrado, y alguien de dentro del colegio puso esta carta encima de la cama para despistar. Este es un misterio mayor de lo que pensábamos, Bob. Mientras yo sigo examinando todas estas cosas, vete tú por el jardín a ver si haces alguna investigación.

El muchacho abrió la puerta, y al salir al pasillo casi se dio de narices contra Williams, el portero. Y por su mente cruzó la idea de que el portero había estado escuchando, detrás de la puerta, todo lo que Paddy decía.

### La paloma mensajera.

*Trailer* se había deslizado fuera del cuarto con Bob, que, después de olfatear el suelo, empezó a seguir al portero. Este bajó las escaleras y cruzó el patio del colegio, dándose al fin cuenta de que el perro iba detrás de él. Entonces, detúvose bruscamente, y encarándose con Bob le dijo con malos modos:

—¿Por qué me sigue este perro de usted?

—Porque es un perro muy cariñoso.

—Pues a mí no me gustan los perros; así que haga usted el favor de llamarlo.

Bob dió un silbido a *Trailer*, y el perro volvió junto a su amo, aunque de mala gana, mientras el portero seguía andando camino de su casita.

La imaginación de Bob trabajaba incesantemente, y pronto encontró la razón de que el perro siguiera al portero. El perro había olfateado el pliego de papel, y probablemente seguía al que había tenido el pliego en sus manos. ¿Había llevado Williams la carta, suponiendo que estuviera escrita por Tom Sandford? Después de llamar a *Trailer* para que fuera con él, Bob se metió por entre los árboles, por donde había desaparecido el portero, y encontrése junto a un pajar que casi pegaba con la casa del portero. Desde allí lo vió venir con dirección al pajar y mirando recelosamente en torno suyo para ver si alguien le espiaba. Bob tuvo la precaución de tirarse en el suelo, y el portero entró sin verle en el pajar y cerró la puerta.

Entonces se levantó el detective y examinó por fuera el cobertizo. Tenía sólo una ventana, y, a través del cristal polvoriento, vió la borrosa figura del portero inclinándose sobre algo que debía de ser una mesa.

Por detrás del cobertizo el terreno era más alto que por el frente, y trepando a él consiguió Bob fácilmente saltar al tejado. Una vez encima de él fué arrastrándose de rodillas hasta el lado donde quedaba la ventana, e inclinándose fuera del alero pudo ver por ella a Williams escribiendo encima de un trozo de papel, que no era mayor que el de un cigarrillo. Cuando terminó de escribir, Williams sacó de debajo de un banco una cesta, levantó ligeramente la tapa, metió la mano en ella y sacó una paloma.

Bob comprendió. Era una paloma mensajera por la cual Williams iba a enviar un mensaje.

El criado arrolló el pedazo de papel alrededor de una de las patas del ave y lo sujetó con una goma. Luego abrió la ventana y Bob retiró la cabeza para atrás. Vió una mano sosteniendo a la paloma aparecer por encima del borde del tejado. El ave quedó suelta y la mano se retiró rápidamente. Quedóse un momento en el tejado la paloma preparándose para el vuelo; pero antes de que echara a volar la mano de Bob se apoderó de ella, y el ave, acostumbrada como estaba a que la cogieran, no puso ninguna resistencia. Con aquel tesoro en sus manos, Bob se arrastró por el tejado hasta ir a tirarse entre los árboles, y con la paloma oculta bajo la chaqueta, volvió al colegio. Contó rápidamente a Paddy lo sucedido y el detective quitó el papel de la pata de la paloma. El mensaje decía así:

«Detectives sobre la pista. No aparezcas por el páramo. Espérame al oscurecer.»

—¡Has hecho un gran descubrimiento, Bob! Sabía que alguien de dentro del colegio estaba complicado en la desaparición de Sandford, y puede ser que sea el mismo portero. Hay que soltar a la paloma y seguirla para ver dónde aterrizo, que me figuro será en el páramo o, quizá, no muy lejos.

Una hora después Paddy y Bob iban hacia el extenso erial. Bob quedóse en la carretera con la paloma en la mano y Paddy se internó a caballo por el páramo, llevando el otro de la brida. Soltó Bob la paloma, que describió unos cuantos círculos, y después fué directamente hacia la parte más agreste del erial. Paddy echó el caballo al galope detrás de ella. Bob subióse al suyo y le siguió.

Después de internarse por el páramo la paloma se posó en unos peñascos altos y desiguales que había junto a un viejo y abandonado pozo.

Paddy y Bob se apearon del caballo y se ocultaron en una hondonada. En seguida vieron aparecer a un hombre; éste, después de coger a la paloma, desapareció por el pozo, que era una cantera subterránea. Paddy y Bob sentáronse dispuestos a esperar lo que fuera necesario; pero convencidos de que ya habían descubierto la pista del que recibiera el mensaje.

Las horas fueron pasando lentamente y la tarde convirtiéndose en noche. Cuando estuvo del todo oscurecido vieron venir a un individuo, que no les cupo duda de que era Williams. Después que se perdió de vista, los detectives cruzaron rápidamente la distancia que había entre ellos y el borde del pozo. Apenas llegaron allí, de abajo subió hasta ellos el sonido de gritos enfurecidos mezclados con las voces de un chico. Luego oyeron pasos de alguien que corría, y de entre la oscuridad de la cantera salió un muchacho perseguido por dos hombres. El muchacho llegó a lo alto de la cantera solamente unos metros delante de sus perseguidores. Entonces, Paddy y Bob se echaron

sobre los dos hombres, uno de los cuales era Williams. Asustados por su repentina aparición trataron de huir; pero Bob se tiró al suelo para interceptarle el paso, y Williams tropezó con él y cayó.

A su vez, Paddy, consiguió coger al otro, y antes de que se dieran cuenta encontráronse maniatados. Mientras tanto, Bob corría en busca del fugitivo y volvía al poco rato con él; era un muchacho de su edad, poco más o menos, y estaba amedrentado. Tom Sandford (que no era otro el que corría), explicó que había salido la tarde anterior a dar un paseo por el páramo, desviándose de sus compañeros, y al llegar a aquella cantera abandonada se había metido dentro de ella para verla. Pero allí encontrése con un malhechor muy forzado que estaba enterrando en el suelo unos cuantos sacos llenos de objetos, y que, al verle, le había derribado y maniatado.

Parece ser que este individuo se dedicaba, en complicidad con Williams, a cometer robos por aquellos contornos, y guardaban el fruto de ellos en la cantera. Habían pensado tener prisionero al chico hasta que pudieran huir con todos los objetos robados, y para alejar toda sospecha de que el chico estuviera allí, Williams había imitado la letra de él y escrito aquella carta al director del colegio.

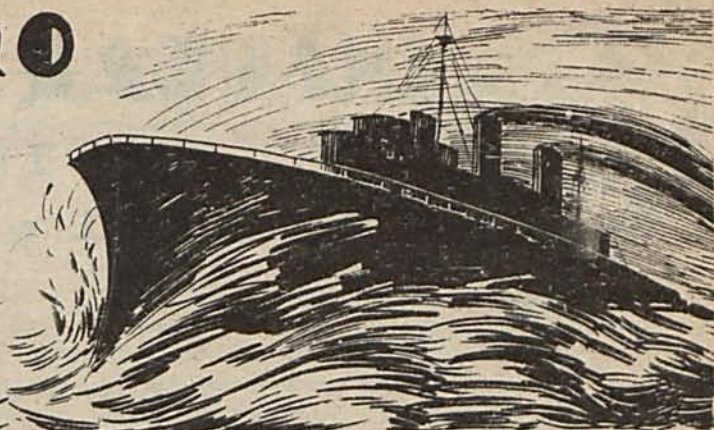
El portero tenía una grande afición a criar palomas mensajeras, y ahora era precisamente una de ellas la que le delataba. Tanto él como su cómplice recibieron el castigo merecido por sus muchos delitos, y Tom Sandford volvió al colegio.





# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



(Continuación.)

Mas lo que llevó al colmo la admiración un tanto temerosa de los nuestros fué el aspecto de las personas ocupadas en tan diversas operaciones.

Todos eran hombres de complexión excepcionalmente vigorosa, de miembros robustos y bien desarrollados; algunos de talla gigantesca, desnudos de la cintura hacia arriba y cubiertos con camisetas negras. Tenían poblada cabellera que descendía hasta el robusto cuello y largas barbas negras o entrecanas; sus caras...

¿Cómo eran sus caras?

Podían hacerse adivinar, no verse, porque las tenían ocultas bajo antifaces de seda negra, adaptados perfectamente y marcando por completo sus facciones.

El capitán Jaime Davy y el irlandés Patrick, abarcáronlo todo con una sola y rapidísima mirada; pero antes de que pudieran darse cuenta cabal de ello fueron distraídos por una voz ronca que les decía en inglés:

—Señores, ¿queréis seguirme?

Los dos náufragos se sobresaltaron. Después, sosteniendo a miss Ellen y acompañados de Black, marcharon tras el hombre que les había llamado y que les guiaba al interior del barco.

A su paso ninguno se movió; nadie demostró siquiera darse cuenta de su presencia.

Una vaga inquietud comenzó a penetrar en su ánimo: el temor inexplicable de lo desconocido, misterioso y terrible.

Continuaron, sin embargo, tras del hombre de la voz ronca, el cual les hizo descender a los camarotes de popa, e indicándoles una puerta medio abierta dijo simplemente:

—¡Entrad!

Se encontraron en espacioso camarote iluminado por dos lámparas y amueblado con dos divanes, una mesa y algunas sillas fijas.

En una de las paredes había un armario abierto y lleno de frasquitos de todos tamaños sostenidos por redcillas de hierro. En las otras había colgadas armas y mapas.

El capitán Davy y Patrick colocaron sobre uno de los divanes a miss Ellen, sumergida en una languidez muy semejante a la agonía, y giraron en torno sus miradas inciertas y desoladas.

Estaban solos. El hombre que les había guiado hasta allí había desaparecido.

El capitán Davy se retorció las manos con aire de desesperación.

—Esta conducta es inexplicable —murmuró—. ¿Nos habrán olvidado?

—Imposible; esperad.

—¿Cómo esperar...? ¿No ves que mi hija está ya al extremo de su resistencia, y que si se tardan algunos minutos en socorrerla, se nos muere?

El joven irlandés inclinó la cabeza y dirigió su mirada extraviada a la cara de miss Ellen.

La infeliz había entornado los ojos y estaba tan pálida y exangüe que se la hubiese creído muerta si el suave movimiento del pecho no hubiese denunciado en ella restos de vida aún.

En aquel momento un hombre apareció en la puerta de entrada y se fijó en la cara de los dos náufragos, los cuales, al ruido, habían alzado la cabeza.

Un grito sofocado se le escapó.

—¡Jaime Davy en mi nave! —balbució el desconocido echando un paso atrás, y llevándose una mano a la máscara que le cubría la parte superior de la cara, exclamó:

—¡El... él aquí...! ¡Oh qué terrible destino el mío!

II

## LOS NEGOCIOS DE LA CASA LOBSTER

El 28 de julio de 1880, o sea cinco años antes de que acaecieran los hechos que hemos comenzado a relatar, uno de los armadores más acreditados de Liverpool, Mr. Cyrus

Lobster, estaba en su oficina de la Lime Street ocupado en examinar los asuntos más urgentes que le presentaba uno de sus empleados, el capitán Jaime Davy, cuando la puerta de entrada se abrió, dando paso a un joven alto, elegante, distinguido, que saludó con aire de confianza.

Mr. Cyrus Lobster le hizo un signo afectuoso con la diestra que podría ser interpretado como contestación al saludo y, al mismo tiempo, como una indicación de que esperase un momento; el capitán Davy respondió con fría, pero impecable cortesía; el cajero, a su vez, que estaba ocupado en revisar la caja y daba la espalda a la puerta, al ruido hecho por la puerta al abrirse volvió la cabeza y, reconociendo al recién llegado, palideció un poco, mientras un relámpago, como de rabia, le encendió las pupilas.

Pronto se dominó, sin embargo, ocultando su turbación con una sonrisa y una amistosa inclinación de cabeza, y en seguida volvió a sumirse en sus cálculos.

De tan variados movimientos, por nosotros puestos de relieve, el joven que los había provocado no hizo caso más que de la indicación del armador, y se dispuso a esperar en silencio que terminase su trabajo.

Finalmente, Mr. Lobster indicó al capitán Davy que todo estaba bien y, vuelto hacia el joven, dijo:

—¿Qué hay, querido señor Wendover?

—Mister —respondió el interpelado acercándose—, el barco del cual queríamos deshacernos, está vendido.

—¿De veras?

—Aquí está su importe en billetes de banco y en obligaciones del Banco de Inglaterra.

—Veamos. ¿Cuanto es?

—Diez y seis mil libras esterlinas.

—Cuatrocientos mil francos... Cincuenta mil más de lo que yo esperaba sacar. Querido señor Wendover, miráis por mis intereses más que por los vuestros. Sois un empleado inestable y yo espero poder labrar vuestra fortuna.

El joven se inclinó, enrojeciendo de satisfacción al oír tales palabras, y sin advertir cierto ademán del cajero y del capitán Davy, colocó ante Mr. Cyrus Lobster una abultada cartera.

—Servíos comprobar la suma —dijo.

—Comprobémosla, pues —respondió el armador, poniéndose a contar los paquetes de billetes y a examinar las obligaciones.

Hubo un largo intervalo de relativo silencio. En la estancia había cuatro personas, cuatro hombres, que todo hacía creer que en aquel instante estaban preocupados por un mismo pensamiento: el cumplimiento de su deber.

¿Qué había de verdad en tal suposición?

Veamos. El armador Cyrus Lobster gozaba fama de ser uno de los más honrados, activos y afortunados armadores de Liverpool.

Era hombre de unos sesenta años, bajo, rechoncho, de aspecto franco y bonachón, adornada su cara por dos largas patillas de color indefinido. Tenía, para abreviar, aspecto de hombre satisfecho de sí mismo y de los demás..., considerando que sus negocios marchaban, como tantas veces algunas de sus naves, viento en popa.

Sin embargo, una gran parte de la fortuna de que su casa disponía era debida a la habilidad y al acierto de los empleados que tenía a sus órdenes.

El primero de ellos era el joven alto y elegante que el bueno del armador había llamado «querido señor Wendover» con ese aire de familiaridad que demuestra estimación y afecto.

Alberto Wendover, que aún no contaba treinta años, era un guapo joven en toda la extensión de la palabra, verdadero tipo de pura sangre inglesa, envidiable por su vigor y elasticidad, ojos azules y limpios que revelaban una mente sólida, positiva, abierta a toda manifestación de la inteligencia, bien nutrida de conocimientos; color fino, bigote rubio bien cuidado; un nombre sin tacha.

(Continuará en el número próximo.)





# CHAUDAR EL PESCADOR

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Enhorabuena, Chaudar! —replicó el magrebi—. Y metió la mano en la alforja, de la cual sacó un plato de oro con dos perdices rojas, calientes. Metió otra vez la mano y sacó otro plato de oro con *kebab*. Y siguió sacando, sacando, hasta llegar a los veinticuatro platos enumerados, sin faltar uno. Chaudar estaba maravillado.

—Come, infeliz, —le dijo el magrebi.

—¿Has puesto, señor, en esta alforja una cocina y gente para que guise?

Soltó la carcajada el magrebi y respondió:

—Está encantada, y tiene a su servicio un genio; y aunque le pidiera de una vez mil platos, los traería y los prepararía en un momento.

Y Chaudar entonces, haciendo una reverencia como si estuviera ante el Sultán, exclamó respetuosamente:

—¡A tus órdenes, oh alforja maravillosa!

Comieron hasta hartarse y tiraron al suelo lo que les sobró; metieron los platos vacíos en la alforja. Luego sacó de ella el magrebi una jarra con agua; bebieron, hicieron las abluciones, recitaron la oración de la tarde, y luego volvió a meter la jarra en la mula y montó, invitando a Chaudar a que subiera también.

—¿Sabes cuánto hemos andado desde el Cairo hasta aquí? —preguntó el africano.

—Por Dios que no lo sé.

—Hemos andado la jornada de un mes entero.

—¿Cómo es posible?

—Has de saber, Chaudar, que esta mula en la que vamos montados es un servidor de los genios, que anda en un día la distancia de un año, pero que por causa tuya va más lentamente.

Y siguieron su viaje hacia Occidente. Cuando llegaba la tarde sacaban de la alforja la cena, y por la mañana, el almuerzo. Cuatro días duró la marcha, caminando hasta la medianoche, durmiendo luego y volviendo a cabalgar al siguiente día. Todo cuanto Chaudar pedía al magrebi, éste se lo procuraba por medio de la alforja. Al quinto día llegaron a Fez y Mequinez. (sic.)

Entraron en la ciudad y todos los que encontraban a su paso saludaban respetuosamente al magrebi y le besaban las manos. Llegaron delante de una puerta, y apenas el africano hubo llamado, se abrió y apareció una doncella, hermosa como la luna, a la cual éste le dijo:

—¡Oh Rahma, oh hija mía! ¡Abrenos el alcázar!

—¡Con el alma y la vida, padre mío! —contestó ella.

Y se volvió la muchacha, andando con tanta gracia, que hizo perder a Chaudar la razón y exclamar: «¡No hay duda de que es hija de un rey!» Abrió la doncella el alcázar; el magrebi tomó la alforja y dijo a la mula: «¡Márchate, Dios te bendiga!»

Al momento, la tierra se abrió, descendió la mula y volvió la tierra a su primitivo estado. Chaudar exclamó sin poder contener su asombro:

—¡Oh poderoso protector! ¡Gloria a Dios, que nos ha salvado encima de este animal.

—No te admires, Chaudar —le dijo el magrebi—, porque ya te he manifestado que esta mula es un genio. Pero... sube conmigo al alcázar.

Chaudar quedó estupefacto al penetrar en el interior: tapices espléndidos, muebles de la mayor riqueza, objetos fabricados con perlas y metales preciosos; todo admiraba al pobre pescador. Sentáronse y el dueño de la casa llamó a su hija Rahma y le ordenó que trajese cierto envoltorio. Salió la muchacha, volviendo al poco rato con un paquete, que puso en manos de su padre; éste lo desató y sacó de él un traje que valía mil dinares.

—Toma, Chaudar, este vestido y ten la bondad de ponértelo.

Púoselo el antiguo pescador, que parecía un rey de Occidente. Colocó el magrebi la alforja delante de sí, metió la mano en ella y fué sacando platos distintos, hasta llegar a cuarenta.

—¡Señor! —dijo a Chaudar—, acércate y come, y dispénsame, porque no se cuáles son tus gustos en materia de comidas. Ten la bondad de decirme qué es lo que prefieres y te lo traeré sin tardar.

—¡Por Dios, señor peregrino! —contestó Chaudar—. A mí me gusta todo y a nada pongo reparos. No me preguntes nunca y trae las cosas que tú prefieras: yo comeré lo que sea.

Así continuaron durante veinte días. Cada mañana el magrebi entregaba a Chaudar un vestido riquísimo y le daba de comer utilizando los servicios de la alforja. El magrebi no compraba ni carne ni pan, ni guisaba: todo, incluso las frutas de las más variadas clases, se lo procuraba la alforja maravillosa.

Al llegar el día veintiuno, el magrebi le dijo a Chaudar.

—Venite conmigo; hoy es el día señalado para abrir el tesoro de Axxamardal.

Salió con él y marcharon hasta el extremo de la ciudad. Al llegar al campo, cada uno montó en una mula y caminaron sin descanso hasta el mediodía, en que llegaron a un río de agua corriente. Apeóse Abdessamad, invitó a Chaudar a que hiciese otro tanto, y, cuando estuvieron en tierra, el magrebi exclamó: «¡Vivod!» señalando con la mano a dos esclavos que le acompañaban. Marcharon los esclavos, y al cabo de un rato volvió uno de ellos con una tienda, que levantó, y el otro llegó con tapices que colocó en la tienda, poniendo a su alrededor cojines y almohadas. Un esclavo trajo las cajitas en las que estaban encerrados los dos peces; el otro trajo la alforja mágica. El magrebi se levantó y dijo:

—¡Ven, oh Chaudar!

Éste se acercó y sentóse a su lado. Sacó aquél la comida y cenaron. Luego tomó el magrebi las cajitas, las conjuró por medio de fórmulas mágicas. En el interior de las cajas se oyeron voces que decían: «¡A tus órdenes, oh, Mago del mundo! ¡Ten piedad de nosotros!» Los prisioneros gritaban cada vez más; el magrebi empleaba cada vez conjuros más fuertes, hasta que las cajas estallaron, haciéndose mil pedazos, que saltaron por los aires. Entonces se vieron tendidos en el suelo a dos hombres atados que decían: «¡Perdón, perdón, Mago del mundo! ¿Qué quieres hacer con nosotros?»

—Mi intención es quemaros vivos, a menos que me prometáis abrirme el tesoro de Axxamardal.

—Te lo prometemos —respondieron los amarrados—, te abriremos el tesoro; pero es preciso que esté presente Chaudar el pescador, porque el tesoro sólo en su presencia puede ser abierto y nadie puede entrar en él, salvo Chaudar, hijo de Omar.

—Ese Chaudar de quien habláis ha venido conmigo, está aquí, os escucha y os ve.

Los prisioneros le prometieron de nuevo abrir el tesoro y el Magrebi los soltó. Tomó luego una caña y sobre ella colocó unas tablitas de ágata o cornalina roja: en un brasero puso carbón y con un solo soplo encendió fuego; preparó después el incienso y dijo a Chaudar:

—Oh Chaudar, voy a formular el conjuro, echando el incienso en el fuego; pero como una vez empezado el conjuro no puedo hablar, porque éste resultaría inútil, quiero informarte bien de lo que debes hacer para conseguir tu propósito.

—Habla —dijo Chaudar, que le escuchaba atentamente.

Y el magrebi se expresó en estos términos:

—Cuando yo recite el conjuro y eche incienso en el fuego, se irá secando poco a poco el agua del río y aparecerá en el fondo del cauce una puerta de oro, grande como la de una ciudad, con dos llamadores de metal en forma de anillo. Baja hasta la puerta y llama con un golpe débil; espera un momento y, como no te contestarán, llama otra vez más fuerte y espéra; vuelve a llamar dando tres alda-

(Continuará en el número próximo.)



# EL PÁJARO DE ORO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Continuación.)

Llegado que hubo Alejandro a las puertas del palacio arrancó del rabo del raposo el pelo consabido y abrió con él la puerta, hasta llegar a la cochera, en la que vió el caballo más hermoso que había admirado en su vida. Pero como también se enamorara de los espléndidos arreos que tenía puestos, dándole lástima cambiarlos por los que el raposo le había mandado, pensó que cuando llegase a la calle picaría espuelas para que, si le veían y era perseguido, no pudieran alcanzarle. Pero en el instante mismo en que sacó el potro la cabeza fuera de la cochera relinchó tan fuerte que fué oído en todo palacio, y al momento, tras un golpe enorme, se cerró la puerta y quedó encerrado Alejandro en el recinto.

Casi momentáneamente acudió una gran multitud de duendes de todas partes que, arañándole y pellizcándole, lo llevaron a presencia del rey de los mismos.

—¿De modo que pretendías robarnos «el potro de oro»? Pues prepárate, por tu atrevimiento, a ser atormentado como nadie lo fué hasta ahora. Sólo tienes un medio para salvarte y aún obtener, tal y como está ensillado, «el potro de oro», lo que puedes conseguir si despliegas en esto tanta actividad y destreza como para apoderarte de lo ajeno. Si procuras traerme a la bella Elena, a quien adoro, te libraré del martirio y te llevarás lo que desees.

—Lo intentaré —contestó Alejandro, humildemente—. Mas si la muerte no me es propicia, regresaré humillado para ponerme a tu disposición.

Marchóse Alejandro, y al llegar al bosque, se encontró con el raposo, que estaba esperándole; pero tan irritado y furioso que por poco si no acomete a Alejandro para destrozarle, y le dijo con ira concentrada:

—Mejor sería, infiel, desobediente, que te hiciera pedazos entre mis garras, pues estoy convencido de que no puedo obtener contigo nada lisonjero, y menos aún el pájaro y el potro que desees.

—No te apures ni te desesperes de ese modo, amigo raposo —contestó Alejandro—. Aún existe un remedio fácil que aplicar para conseguir todo eso, si tienes la bondad de ayudarme en el rapto que se me ha propuesto.

Y contó cuanto le había sucedido y el trato que había hecho con el rey de los duendes.

—Lo que te han propuesto es el negocio más arriesgado que puedes imaginarte, y a ello no estoy dispuesto —dijo el raposo—, toda vez que no te lo mereces ni eres de fiar por tus informalidades y desobediencias. Pero si accediese a tus deseos, y se frustrase el intento, quedaríamos, tanto tú como yo, completamente perdidos.

No se rindió Alejandro a estas razones, y continuó suplicándole y rogándole tan sumisamente y prometiéndole a la vez con tanta insinuación que se enmendaría para lo sucesivo, que aquél no tuvo más remedio que acceder.

—Bien —le dijo—. Súbete sobre mis lomos y vamos a la empresa.

Atravesó el raposo por montes, collado, bosques y desiertos tan velozmente, que Alejandro no podía abrir los ojos a la luz, y, faltándole también hasta el aire que respirar, se afianzó fuertemente a las velladas orejas del raposo hasta pasar aquel desenfrenado torbellino. Al oscurecer, le dijo el raposo:

—Levántate y dime lo que ves.

—Veo el sol como si iluminara los resplandores de la aurora.

—No, le equivocaste; falta aún mucho para eso. Lo que has visto

es precisamente el palacio de la bella Elena, el cual está rodeado de llamas intensas de fuego, entre las que existe una cancela de acero fundido, alta y esbelta, con una sola puerta, que la guardan dos osos feroces. Más al interior, hay otra verja que guardan dos leones; aún más adentro, hay otra tercera verja que tiene por guardianes dos dragones terribles y fieros. Al traspasar esa verja, se halla el palacio, y en el piso alto hay un lujoso salón, donde vive la bellísima Elena con siete lindas doncellas. Procuraré adormecerla, así como también a los osos y leones, dragones y doncellas; pero sólo podré hacerlo durante un cuarto de hora, sin que me sea factible apagar, sino en parte, las llamas devoradoras del fuego. Tendrás que pasar por en medio de ellas, aunque tengas que lamentarte de algunas quemaduras. Después, sin titubear, traspasarás las verjas y subirás hasta penetrar en el saloncito de Elena. Tiene ésta, abarcando sus sienes, una corona riquísima de oro; has de quitársela y colocarla sobre el diván, y al instante, tomando a su dueña entre tus brazos y regresando por el mismo camino, cuidas mucho de envolverla en sus cabellos para preservarla del fuego, pues de lo contrario, se quemará, y toda su hermosura se desvanecerá como el humo.

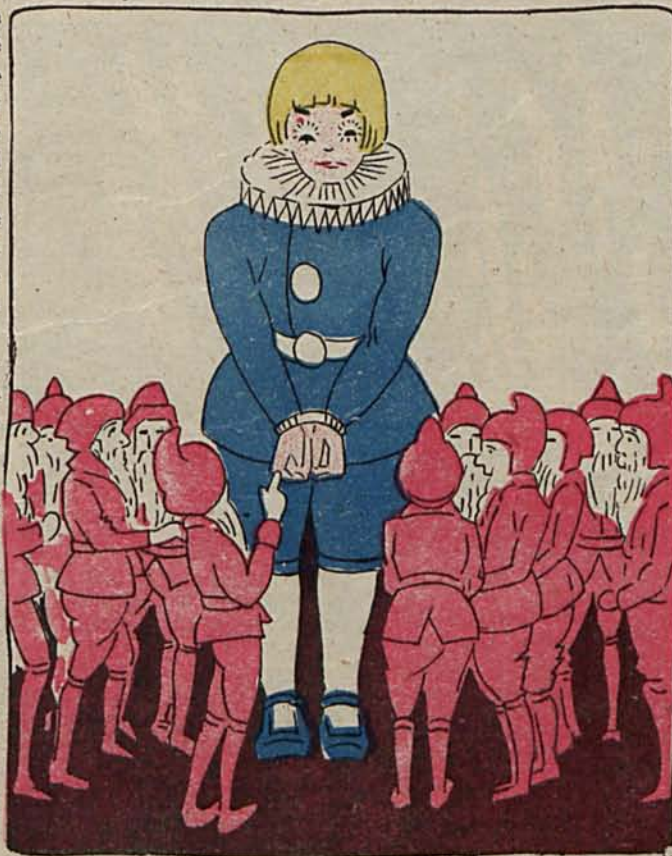
Alejandro atravesó las llamas, y aunque se quemó un poco, pasó en seguida por entre los osos, leones y dragones, que estaban alertados, y a poco llegó al palacio, subiendo precipitadamente a la sala, donde permanecía, en la forma antedicha, la princesa en compañía de las siete doncellas. Quedóse absorto Alejandro al contemplar la belleza de Elena. Pero saliendo pronto de su estupor se apresuró a quitar la corona de la cabeza de aquélla para ponerla sobre el diván que se le había indicado.

Pero no bien intentó desposarse a la princesa de su joya preciosa, vió con espanto que la bella joven se había transformado en una vieja fea y antipática, que le producía un horror indescriptible. Repúsose, no obstante, en seguida al recordar la promesa que le había hecho el raposo, y sin reparar en aquella visión que tenía delante de sus ojos, la envolvió en sus propios cabellos, la tomó entre sus brazos y bajó precipitadamente las escaleras, pensando para sus adentros que el fuego se detendría para no quemar siquiera aquella fealdad que llevaba consigo. Cruzaron sin inconveniente las tres verjas con sus guardianes, y atravesaron por entre las llamas sin que éste les hiciera el menor daño. Fuera ya de aquel peligro, encontró Alejandro al raposo, que le dijo:

—Sube a mis lomos.

Obedeció Alejandro, y colocando a la princesa delante de él, la asió fuertemente entre sus brazos para que no se cayera, y de esta forma atravesaron, con la velocidad acostumbrada, bosques espesos, áridos desiertos y montes y cerros difíciles y encrespados hasta que anocheció, en cuya hora llegaron al bosque que había frente al palacio del duende. No tuvieron tiempo ni pudieron hablar nada ni cambiar impresiones durante el trayecto, al tener, como tenían, que llevar cerrado los ojos para preservarlos del polvo y del viento que en su carrera levantaban, si bien pudo advertir Alejandro que tan pronto como hubo salido de las llamas tornó a resplandecer, deslumbrante, la belleza de Elena.

Cesó el raposo en su carrera llegado que hubo al bosque, y apeóse Alejandro con su dulce y preciosa carga. Y aunque daban muestras







de visible y natural cansancio, les animó el raposo diciéndoles que no tenían tiempo que perder, y que puesto que la princesa se hallaba ya libre de su odioso cautiverio, podía ser

la esposa del príncipe más noble del mundo, ya que, por otra parte, tanto había arriesgado su vida por ella, si desde luego se ejecutaban ciegamente sus órdenes. En efecto: «Cuando lleguéis a la presencia del rey de los duendes —les dijo—, no podrá éste disimular su satisfacción y alegría, y pretenderá casarse con Elena inmediatamente, la que accederá gustosa, conteniendo su contrariedad cuanto le sea posible. La hará sentarse a la cabecera de su mesa, y Alejandro será objeto de una cortesía semejante para que se siente también con todos a participar del festín que os será ofrecido, sin que los manjares que gustéis, os lo aseguro, os hagan el menor daño. Antes de que termine la fiesta, manifestarás, tú, Alejandro, el deseo de retirarte. Accederán a él, y te darán, para que lo montes, el potro de oro. Una vez montado, manifestará Elena el gusto que tendría en ofrecerte una copa de vino de chipre y despedirte con los honores debidos. Se le concederá ese capricho, y cuando llegue a tu lado con la copa de vino, coges por la cintura a Elena con presteza, la colocas sobre la grupa y exclamas al instante: «Álzate, potro mío, álzate». Subiréis tan alto que nadie podrá descubrir vuestra presencia, y marcharéis por los aires durante una hora completa. Pasada esa hora, dirá Alejandro: «Potro dorado, desciende, la tierra espera»; lo que bastará para que prestamente descendáis a la tierra, donde yo os estaré aguardando.»

Alejandro y Elena entraron en el magno palacio del rey de los duendes y sucedió todo tal y como el raposo lo había pronosticado.

Llenóse de gozo tanto el rey, que la alegría le inundó de entusiasmo delirante, y ordenó se pusiera la mesa para la fiesta.

Ya iba terminándose el banquete, cuando manifestó Alejandro deseos de marcharse con el alazán prometido, lo que ensombreció por un momento el semblante del rey. Pero entusiasmado como estaba por tener a Elena a su lado, desapareció como por ensalmo su adusto ceño, y mandó al instante entregasen a Alejandro el brioso potro con la silla y bridas de oro.

Dió Alejandro las gracias cortésmente, y montando en el caballo, hizo como que pretendía alejarse. Pero le detuvo Elena, diciéndole:

—No quiero que os marchéis, señor, sin ofreceros siquiera el homenaje de una copa de vino, ya que tantos riesgos corristeis por mi causa hasta traerme a este palacio.

Y como pareciese al rey muy en su lugar aquella prueba de gratitud, dió su consentimiento. Levantándose Elena con la majestad de una reina, tomó la copa entre sus dedos y la ofreció a Alejandro. Éste entonces, sin perder momento, asió fuertemente por la cintura a Elena; la sirvió hasta colocarla sobre la grupa del caballo, y gritó al instante:

—Álzate, potro mío, álzate.

Y veloz, como el pensamiento, hendió el potro los aires con sus jinetes antes de que el rey pudiera de ello darse cuenta, y caminaron de este modo una hora con dirección al Poniente. Al final de la travesía, dijo Alejandro:

—«Potro dorado, desciende, la tierra espera.»

Y obedeciendo el bruto, no tardaron en llegar a tierra, donde ya les esperaba el raposo.

Momentos después, emprendieron de nuevo su viaje, y llegaron a la mañana siguiente al palacio donde estaba el pajarito de oro. Durante el camino advirtió el raposo a Alejandro de cuanto tenía que hacer para salir victorioso. Y, en efecto, entró éste montado en

el patio de palacio con la bellísima Elena. No tardaron en salir a admirarles toda la servidumbre, así como también el rey, que había de obtener el refulgente potro, a cambio del pajarito codiciado que guardaba. Dió aquél la bienvenida a Alejandro, e instó a que se apeara para entrar en palacio con la princesa. Pero Alejandro contestó que no podía obedecerle, hasta que tuviera en su poder la artística jaula donde se encerraba el pajarito de oro que se le había ofrecido.

Llevaron inmediatamente la jaula con el irisado pajarito, el que cantó con gorgoros y trinos tan dulces y armoniosos como jamás se oyeron otros, hasta producir en todos los oyentes admiración y entusiasmo delirantes. Tomó Elena la jaula entre sus manos y quedó también ensimismada por la belleza del pájaro y su canto.

Pero al instante, gritó Alejandro:

—Álzate, potro mío, álzate.

Y ascendiendo el brioso alazán y hendiendo los aires sobre las altas torres y cúpulas del palacio, se perdió bien pronto de vista allá en la lejanía del horizonte. Cuando pareció oportuno a Alejandro, dijo:

—«Potro dorado, desciende, la tierra espera.»

Y descendió al instante a tierra, donde, como siempre, les aguardaba el raposo, que les dijo:

—Hemos de separarnos. Te ayudé a conseguir cuanto deseabas obtener. El día de vuestras bodas iré a verte, Alejandro, y será llegado el momento de que aproveche tus servicios en justa reciprocidad a los que yo te he prestado.

Y, despidiéndose el raposo, internóse en el bosque, en tanto continuaba Alejandro su camino en compañía de Elena, el riquísimo potro que guiaba y el pajarito de oro, que no cesaba de cantar, lleno de felicidad.

No bien habían puesto los pies en la ciudad, donde dejara a sus hermanos, cuando vieron una gran muchedumbre de gente que, siguiendo a una escolta de tonos abigarrados, conducía dos criminales para ahorcarlos en la plaza pública y al verdugo que había de practicar la ejecución de los reos. Detúvose Alejandro y observó, no sin asombro, que aquellos dos criminales no eran otros que sus desnaturalizados hermanos. Preguntando qué delito habían cometido, contestáronle que habiendo pasado una noche tras otra en orgías interminables, pagaron el importe de ellas en tanto que tuvieron dinero; pero que cuando se les acabó, para continuar en aquella vida desenfadada y torpe, habían cometido un sinnúmero de estafas y robos inauditos. Hizo entonces observar Alejandro si pagando los perjuicios ocasionados por aquellos actos delictivos sería factible poner en libertad a sus autores.

Como le contestaran afirmativamente, satisfizo Alejandro una considerable cantidad de dinero y se decretó en el acto la libertad de los criminales, quienes, acompañados de su libertador y de Elena, y en unión del potro de oro y del pájaro cantor, se dirigieron a la misma hostería ya conocida, donde contó Alejandro a sus hermanos cuanto le había sucedido desde la última vez que se vieran.

(Concluirá en el número próximo.)

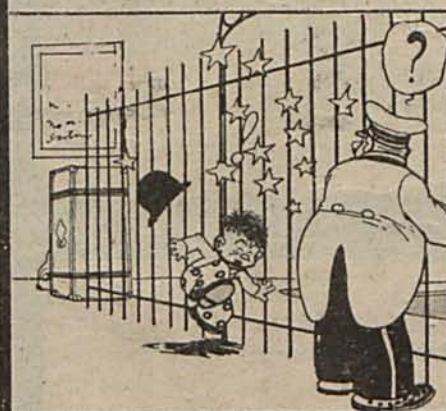
De todos mis triunfos sobre el malvado CHAPETE, ninguno me gustó más que el que se cuenta en el tomo 37 de mis aventuras: PINOCHO SE HACE PELICANO. Léedlo y lo comprenderéis, además de divertirlos más que nunca.

PINOCHO





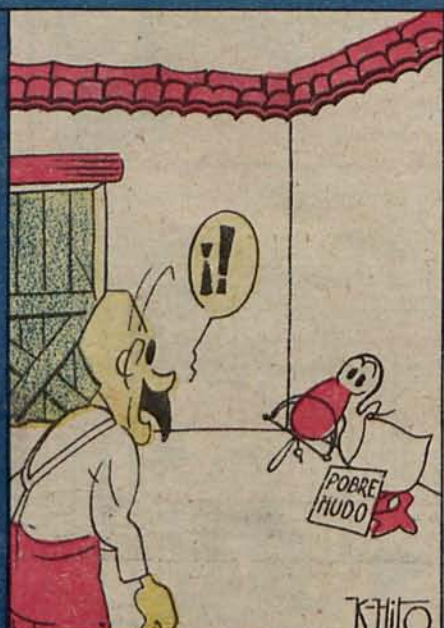
# POTIPÁN Y CAÑAMÓN







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

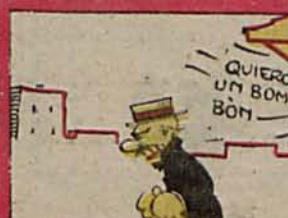
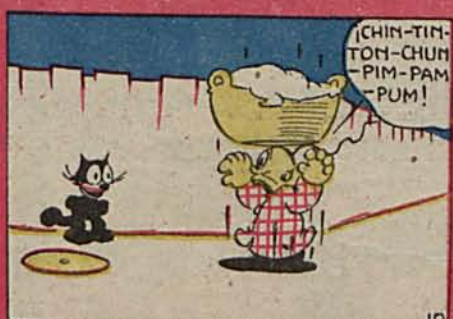


KHITO





# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.







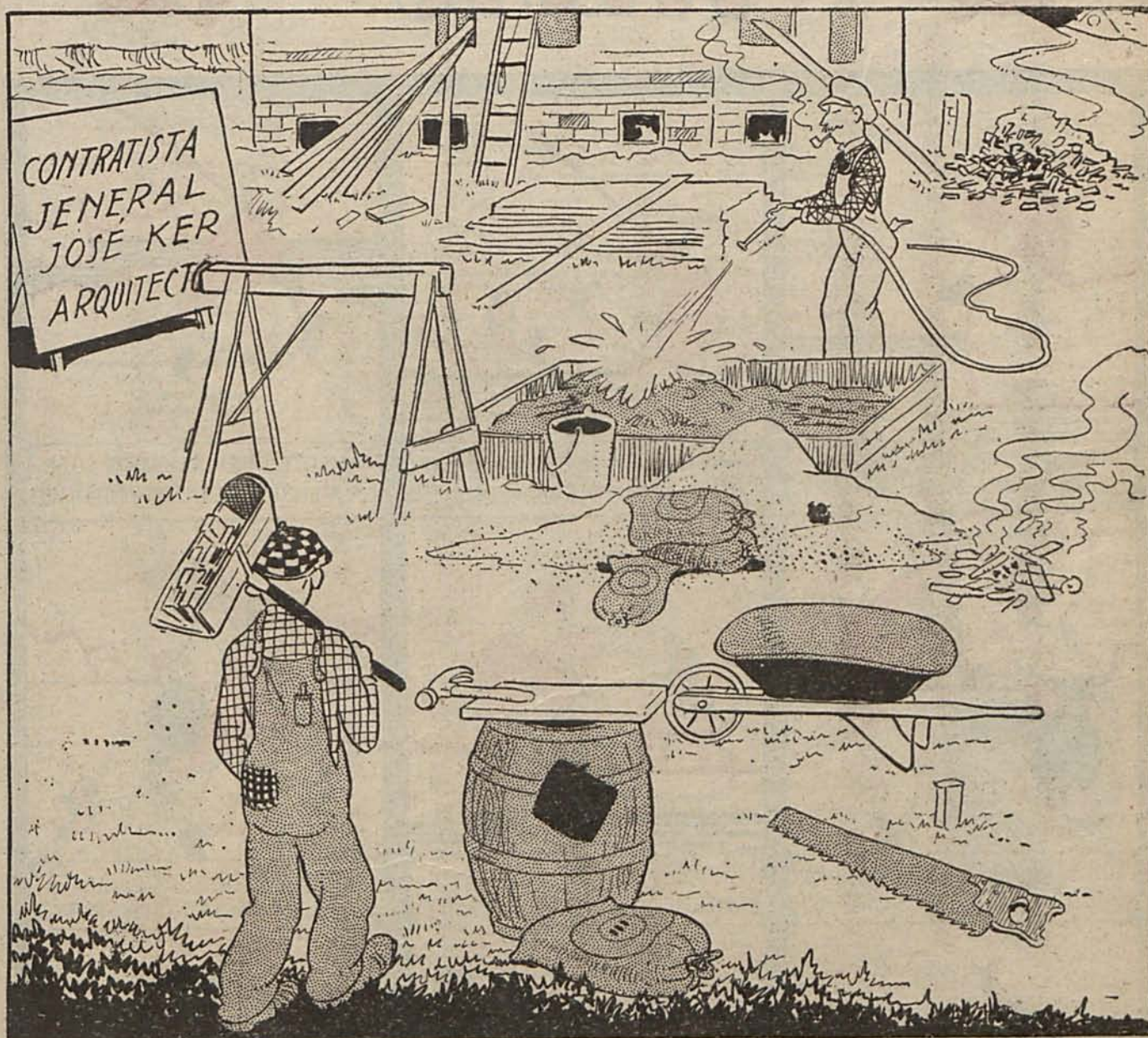
## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



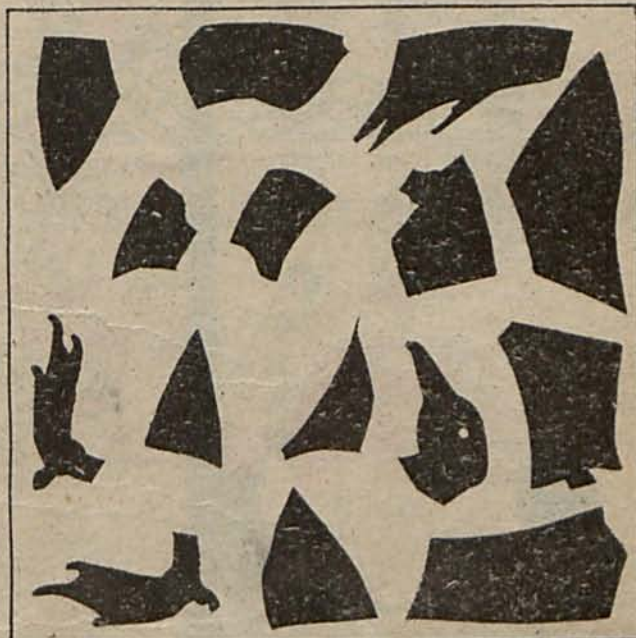
Diez son los errores que hay en este dibujo. Como ejemplo, os diré que uno de ellos es que a la carretilla le falta una agarradera. ¿Cuáles son los otros nueve?

## NANUK, EL ESQUIMAL



Una vez, Nanuk, se encontró, al entrar en su choza, con que le habían robado unas pieles que le servían de abrigo. Se enteró de quién era el ladrón, y se dispuso a ir corriendo para recuperarlas. Tuvo que andar varios kilómetros, y calculó que, si bien a la ida podía hacer 5 kilómetros por hora, a la vuelta, por ir cargado, sólo podría hacer 3. Hizolo así, recuperando sus pieles, y tardando en ir y volver siete horas justas. ¿Qué distancia recorrió Nanuk aquella noche?

## ROMPECABEZAS



He aquí un dibujo dividido en quince trozos, y que vosotros, con vuestra acreditada paciencia, reconstruiréis en seguida. Se trata de un pobre animalito, que ya por las patas y la cabeza, os habréis dado cuenta de qué clase es.





# TRISTÁN EL PILOTO



UN DIA SACÓ TRISTÁN SU CAÑA DIS-  
PUESTO A ACABAR CON LAS FIERAS MARINAS



A LAS TRES HORAS ESCASAS UN IM-  
CAUTO SALMONETE SE TRAGÓ EL ANZUELO



MÁS CONTENTO QUE UN ORGANILLO SE  
FUE A ENSEÑARLO A SUS COMPAÑEROS



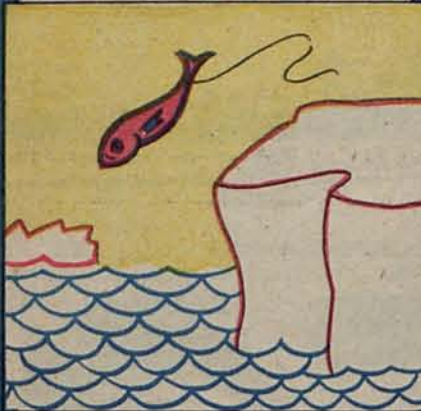
PEÓN Y ZUCAÍN SI NO LO HUBIERAN  
VISTO NO LO HUBIERAN CREIDO



CON PACIENCIA Y UN PALITO  
DOMESTICO TRISTÁN AL SALMONETE



EL CUAL SE DEJÓ CONVENCER Y  
LOS ACOMPAÑABA A TODAS PARTES



UN DIA, EL SALMONETE SE DESPERTÓ  
MALHUMORADO Y QUISO SUICIDARSE



Y GRACIAS AL ARROJO DE TRISTÁN NO  
SE AHOGÓ EL POBRECITO PESCADO



A FUERZA DE CUIDADOS Y BUENOS  
CONSEJOS SE REPUSO EL SALMONETE



PARA EVITAR OTRO INTENTO DE SUI-  
CIDIO LO ENCERRARON EN UNA JAULA



YA LOS POCOS DIAS CANTABA CO-  
MO EL MEJOR CANARIO FLAUTA



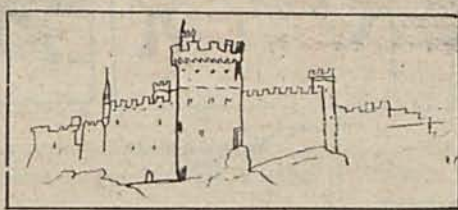
PERO UNA VEZ SE DEJARON LA JAULA  
ABIERTA Y EL SALMONETE.... ¡VOLÓ!



# COLABORACION PINOCHISTA



Mi barco.  
MARIANO MAROTO.  
Ocho años. Madrid.



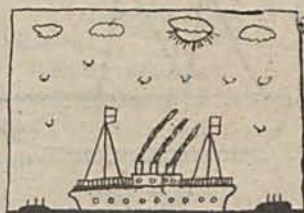
El castillo de Pinocho.  
MANUEL ARTIS.  
Nueve años. Barcelona.



Barca pesquera.  
LOLA ACOSTA.  
Diez años. Madrid.



Mesa revuelta.  
FÉLIX HERNÁNDEZ.



Vapor Alfonso XIII.  
TEODORO GROSS.  
Once años. Málaga.



Un buen portero.  
MARIANO BÁRCENA.  
Ceceda.



Tomasita y Selim.  
J. M.  
Siete años. El Pardo.



Una rosa.  
CONCHITA DEL PINO.  
Diez años. Madrid.



Núñez de Balboa.  
ANTONIO CASTRO.



Mi amigo Pinocho.  
JUSTO ANTÓN.  
Seis años. Madrid.



Mi amiga Pirula.  
MERCEDES PELICER.  
Doce años. Madrid.



En el jardín.  
MARÍA IGNACIA SÁNCHEZ.  
Siete años. Madrid.



Estocada.  
PERI LLACA.  
Diez años.



La que me compra PINOCHO.  
HERMINIO E. URRARI.  
Doce años. Argentina.



Retrato, por  
MANUEL RÓDENAS.  
Quince años. Albacete.



Una pareja.  
ANGELITA CASAS.



El gallo.  
MARÍA ELISA V. SANCH-ROMATE.  
Cádiz.



Mi amiga Luisa.  
M. COTERILLA.  
Trece años.

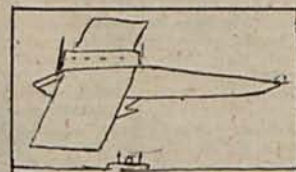


Don Simón.

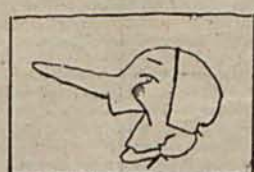
CARMÉN RAMOS.  
Ocho años. Málaga.



Castillo de la Edad Media.  
F. G.  
Doce años. Madrid.



Palos-Buenos Aires.  
W. LENGIN.  
Diez años. Las Arenas.



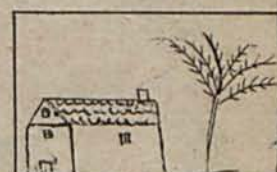
Mi amigo favorito.  
ANTONIO ALEU.  
Diez años. Madrid.



Pinocho va al colegio.  
JOSÉ DONCEL.  
Nueve años. Badajoz.



Con el viaje a la Argentina ha ganado Francia, porque ha subido el Franco.  
CARLOS BERAZA.  
Doce años. Valencia.



Casa de verano de Pinocho.  
JOSÉ NEIRA.

## El castillo de los duendes.

Pues, señor, en tiempos de Maricastaña había un castillo habitado por duendes. Cerca de allí había un pueblito en el que había un hombre que se diferenciaba de los otros por su valentía. Un día, paseando con un amigo, le dijo éste:

—¿Por qué no vas al castillo y matas a los duendes, que no dejan tranquilo al pueblo?

El contestó:

—Buena cosa me has dicho. Mañana mismo me marcho, y puede que el pueblo, agradecido, me haga una estatua al lado de la casa del boticario, que está en la Plaza Mayor.

Al día siguiente ya estaba Juan, el valiente, con una estaca al hombro, esperando a que fueran las once de la noche, que era la hora en que empezaban los chillidos, las voces y los ruidos de cadenas, que no dejaban dormir a nadie. Llegó la hora, y, nada más empezar el reloj a dar la primera campanada de las once, apareció un hombre vestido de blanco, que tenía un ojo en la frente, por el que despedía numerosas miradas que infundían terror. Tal fantasma le preguntó:

—¿Cómo es que te atreves a llegar al castillo si está habitado por el famoso fantasma «Cascajo», siendo que ninguno de los más famosos guerreros le habían podido vencer?

El le contestó que sólo quería que le dejaran por la noche dormir en paz. Al oír esto, el fantasma «Cascajo» salió y le dijo que si le venía cesaría el encanto del castillo. Entonces, Juan, sin perder tiempo, le dió un garrotazo que cayó a tierra.

El castillo se convirtió en un palacio, y el rey, al desencantador, le dió la mano de su hija, pues estaban encantados por el brujo Kanken, que no era otro que el fantasma «Cascajo». Juan se casó con la princesa y vivieron muy felices, y

colorín, colorete,  
por la chimenea  
salió Chapete.

ISABELITA BULLIDO.  
Diez años. Zaragoza.

## La laboriosidad.

La pequeña Marianela era muy pequeña, pues sólo tenía nueve años cuando murió su abuela, única pariente que tenía en el mundo. Lloró, lloró mucho, y se dirigió al bosque sin destino alguno. Se sentó en una encina derribada. Se le apareció un hada que le dijo: «Ten este collar, pues cada perla es una lágrima tuya; cuando desees algo, muerde una de las perlas y tu deseo será concedido». Marianela fué a su choza, y durante tres años fué feliz. Mas como todo acaba en este mundo, el collar se agotó, y Marianela, sin recursos, fué al bosque, donde se le apareció su hada, que le dijo: «Ya eres mayor; podrás ganarte la vida con lo que te reservo en tu choza». Volvió a su vivienda, donde encontró muchas piezas de tela para coser y lino para hilar. Después de algunos años, pasó por allí un príncipe que al verla tan laboriosa se la llevó a su palacio, donde fué reina.

Colorín, colorete,  
por la chimenea sale Chapete.

PEPITA ELICIGUI.  
Doce años. San Sebastián.

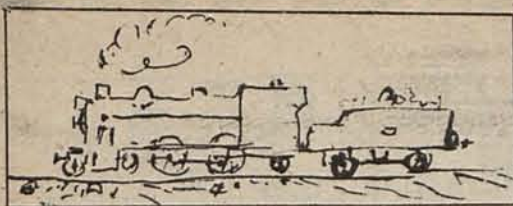


Chapete en Jauja.  
JUAN IZQUIERDO.  
Once años. Valencia.



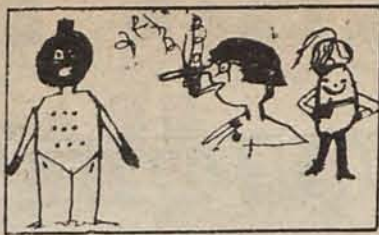
Mi hermana.  
PILAR BENITO.





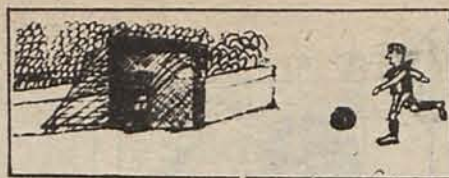
La máquina de papá.

PAQUITO CUCHI.  
Nueve años.



Mis amigos.

MATILDE COCA.  
Jerez.



Un «penalty».

ARSENIO CANO.  
Once años. Madrid.

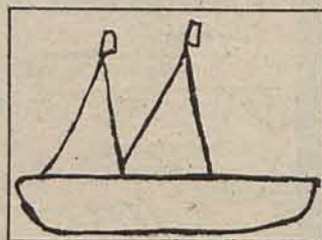


El teatro de Pinocho.

MARTÍN DE PIQUER.  
Barcelona.

**El ciclista.**  
Al amanecer salió de su casa Rafaelito para hacer una gran excursión en bicicleta. Por la carretera de La Coruña avanzaba el joven ciclista, kilómetro tras kilómetro. De pronto, un pequeño ruido hizo llamar su atención, y a medida que se aproximaba al sitio de donde partía, convertíase el ruido en quejidos y voces de socorro que le hicieron precipitar la marcha. Llegó al fin, y en una cuneta, vuelto un automóvil, asomaba por un hueco de hierros la cabeza de un niño de su misma edad. Dentro del coche y aplastado por él yacían un hombre y una mujer y más allá el chofer.  
No dudo Rafaelito, sacando de aquel montón de astillas el cuerpo ensangrentado del niño; con dolor, lo puso en el cuadro de su bicicleta, sujetándole con una mano y guiando con la otra, y a la velocidad de un rayo se encaminó al pueblo más próximo; allí, en una farmacia, con auxilio del boticario, curaba al pobre niño. Al dejar al herido y llegar a su casa, estuvo preocupado por la desgracia ocurrida y la satisfacción de haber salvado a un semejante, que sin su auxilio hubiera perecido.

ELÍAS LÓPEZ FORNOZA.  
Doce años. Madrid.



El barco de Chapete.

PILAR SALAMANCA.  
Ocho años. Barcelona.



Un indio.

MANUEL A. DE SOTOMAYOR.  
Melilla.

**La carta y la herencia.**  
Esto era un padre que tenía dos hijos; el mayor era muy listo y aplicado y le dio una carrera y el pequeño era muy holgazán. Al morir el padre dejó su capital al holgazán, y al listo no le dejó más que una cajita que contenía un sobre cerrado y en el sobre una carta que decía así:  
«Querido hijo: Esta carta estimula como un tesoro, pues ella contiene lo que debes ser; sigue los consejos de tu padre y no lo perderás.  
«Quiere a tu hermano y no le envidies sus riquezas, pues no hay nada mejor que la sabiduría; si alguna vez necesita de ti, atiéndele y tendrás tu recompensa.»  
Así terminó la carta, y un día que su hermano necesitó su auxilio, lo halló; pues le robaron el capital que tenía y se vio precisado a pedir dinero a su hermano, el cual, cumpliendo lo que le decía su padre en la carta, se lo dio, y vivieron felices los dos hermanos hasta el fin de su vida.  
Colorín colorado, este cuento se ha acabado.



La posada de mi pueblo.

LUIS G. GUERRERO.



Un castizo de Triana.  
JOSÉ MARIO.  
Sevilla.



Pinocho en su palacio de la India.  
JAVIER G. AMÉZUA.  
Madrid.

**Las niñas buenas y las niñas malas.**  
En un pueblecito pequeño vivía un padre con cuatro hijas; las dos mayores eran muy desobedientes y orgullosas; por el contrario, las pequeñas eran buenas y aplicadas.  
Cuando la mayor tenía quince años estalló una guerra en el país y su padre tuvo que irse a pelear.  
Hasta entonces no supieron lo que era trabajar; se tuvieron que poner a servir. Pero las buenas fueron obedientes y respetuosas para con sus amos; así adquirieron sus simpatías; la más pequeña se casó con el hijo de su amo y la otra estuvo muchos años hasta que sus amos se murieron y la dejaron por heredera. Por el contrario, sus dos hermanas mayores bien pagaron su orgullo y desobediencia; no paraban en ningún sitio, y, por último, se vieron precisadas a pedir limosna y al poco tiempo se murieron de hambre.

FEDERICO RAMÍREZ GRANDE.  
Ocho años. Puente del Arzobispo (Toledo)



Una jirafa.

ANGELITA ADRIÁN.  
Doce años. Madrid.



Don Turulato.  
FEDERICO CARMONA.  
Ceuta.



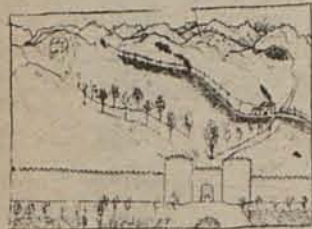
Mis hermanos.  
MARÍA SALAMANCA.  
Barcelona.

**La compasión es recompensada.**  
—¡Corramos! —exclamó Tony, el hijo del pescador, a sus hermanos—. Hay una gran manada de pejerreyes en la «Roca Rota».  
—¡Bravo! —gritó Bob—. Ya tendremos para comprar el radio.  
En un minuto se lanzaron en el bote de su padre al agua y remaron con gran rapidez; pero antes de llegar al sitio mencionado vieron que en lo alto de una roca aullaba un perrito lastimosamente.  
—¡Pobrecito! —dijo Tony—. Cuando regresemos ya se habrá ahogado; voy a bajarlo.  
—¿Pero no ves que vamos a perder los pejerreyes y el radio? —dijo tristemente Bob.  
—No importa —dijo Tony—; habremos salvado una vida.  
Mucho trabajo le costó llegar a donde estaba el perrito; pero al fin llegó, lo cogió y lo bajó. El perrito daba gritos de alegría al ver que ya estaba en salvo; pero ya se habían dispersado los pejerreyes, y se volvían a casa cabizbajos, cuando les salió al encuentro un señor que exclamó:  
—«¡Prince», mi perro perdido! ¿Adónde lo han encontrado?  
Entonces Tony contó todo, incluso cómo habían perdido el radio; cuando acabó, el señor se mostró muy contento, y en recompensa le dio más plata de la que hubieran sacado de los pejerreyes.  
—¡Hurra! —gritó Bob—. ¡Ahora tendremos para comprar el radio y muchas cosas más!

N. F. R.  
Catorce años. Lima (Perú).



Paisaje.  
GERARDO PASTOR.  
Valladolid.



Una vista de Avila, por MANUEL VIDAL.

**Los dos hermanos.**  
Erase una niña encantadora; su cutis era fino y moreno, sus ojos eran negros, su nariz y su boca eran pequeñas, sus cabellos negros como el azabache y finos, su linda cabecita estaba adornada de preciosos bucles; se llamaba Angeles, y sólo contaba la edad de tres años cuando sus padres le anunciaron la llegada de un hermanito. ¡Un hermanito, qué alegría! y Angelinos se extasiaba contemplando sus diminutas facciones.  
Al año siguiente, sus papás y hermanito cayeron gravemente enfermos de la gripe. Su hermano se restableció pronto, quedando muy bien, y su papá, aunque también se restableció en seguida, quedó bastante delicado. Pero lo que más sintió Angelinos fue que su mamá murió. Su buen padre se propuso educarlos; pero cuando Angelinos había hecho la primera comunión, también falleció.  
Entonces, su excelente tutor, que era un hermano de su madre, los internó en los mejores colegios de la ciudad para que allí se educaran.  
Pasaron los años, nos hallamos en un lindo «chalet» que tiene un hermoso jardín; si escuchamos, oiremos la siguiente conversación:  
—Si no hubiera sido por la bondad de nuestro querido tío, no hubieras podido, querido Luis, terminar tu carrera de Medicina.  
—Es verdad, querida Angeles. Todavía me acuerdo de cuando recibí la noticia de que habíamos perdido la inmensa fortuna que nos habían dejado nuestros queridos padres porque el Banco había quebrado. También me acuerdo que, aunque hace cuatro años y sólo contabas veinte, como ya también estabas educada, te pusiste a dar clases, y que yo, gracias a la bondad de nuestro tío, pude acabar la carrera.  
—Tienes razón —repuso Angeles.  
Y los dos hermanos trabajaban en silencio, cuando un gran griterío se oyó en la calle. Angeles se asomó al balcón y llamó a su hermano, pues los infantes don Pedro y doña Esther, hermanos del príncipe heredero, habían ido a aquella ciudad y se paseaban entre los vivos y aclamaciones del pueblo. Los infantes, al pasar frente al «chalet» de «Villa Angeles», quedaron prendados de los dos hermanos, con quienes establecieron estrecha y cordial amistad.  
Un año después, en la ciudad había grandes fiestas y regocijo: es que se celebraban las bodas de los infantes con Angeles y Luis.

VÍCTOR FERNÁNDEZ LA MAGDALENA.  
Once años. Soto del Barco.



Zamora.  
PEDRO LÓPEZ.  
Cádiz.



Una parada.  
FRANCISCO LÓPEZ.  
Badajoz.



Marichata, la novia de Pinocho.  
IGNACIO MENDOZA.  
Ciénaga de Oro (Colombia).



Pinocho, deportista.  
I. LANGEBER.  
Once años.



Don Cuco.  
FERNANDO CAMPO.  
Trece años.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, en qué consiste el valor, la valía del diamante.

—El diamante, querido Chonón, tiene poco valor.

—¿Qué dices?

—El diamante tiene un valor, naturalmente; pero este valor es relativo.

—No te entiendo.

—El diamante no es como la luz, ni como el aire, ni como el agua, elementos que tienen para nosotros más valía que todas las piedras preciosas.

—Sigo a oscuras.

—El aire que respiramos tiene para nosotros un valor fundamental, esencial; pero el aire no nos cuesta nada. El diamante, en cambio, no tiene para nosotros el valor esencial del aire; pero un diamante, por pequeño, por insignificante que fuera, nos costaría mucho.

—Me haces un lío.

—Quiere ello decir, querido Chonón, que una cosa es el *precio* y otra el *valor* de los objetos. Generalmente se cree que las cosas más caras son las más valiosas, las más bellas, las más estéticas; y no es así. La generalidad se deja sobornar por el costo de un objeto. Basta que éste sea caro para que lo crea valioso. ¿Qué es más bello, un diamante, el más grande de los diamantes, o una rosa?

—La rosa.

—Pues bien, la gente pagaría millones por aquél, y no daría, en cambio, por ésta, más allá de una cantidad discreta y prudencial. La rosa *vale* más que el diamante; pero el diamante *cuesta* más que la rosa. Y puedo decirte, querido Chonón, que aquellas cosas valiosísimas, de verdadero rango, que hay en la vida, no tienen precio. Ahí está la nobleza, la honradez, el talento, la imaginación, la voluntad, valores indiscutibles, que nadie podrá tarifarlos nunca.

—Es cierto.

—Y pasando de esos valores espirituales, ya enumerados, a los valores de las cosas, verás que unas son valiosas por su utilidad, otras por su belleza y otras, por último, por su utilidad y belleza juntamente.

—No caigo.

—Un reloj, por ejemplo, es valioso por su utilidad, porque nos dice la hora en que estamos; un cuadro, un hermoso cuadro, lo será solamente por su belleza; y el mismo reloj antedicho podrá ser doblemente valioso si a su utilidad como tal reloj une una extraordinaria belleza.

—Ahora veo claro.

—Pues bien, el diamante puede catalogarse en el segundo grupo. Es estético, bello, y ese es su valor. Ciertamente que el diamante, además, sirve para cortar cristales; pero esta pequeña utilidad del diamante no ha sido quien le ha dado y le da su terrible precio.

—¿Y en qué consiste la belleza del diamante?

—En su virtud brillante, en que refleja vivamente la luz.

—¿Y por eso vale?

—Ese es su valor. Su precio, en cambio, proviene de su escasez, de lo raros que son los diamantes, aun los más pequeños. El día que se construyeran diamantes exactamente iguales a los naturales el precio de aquella piedra bajaría fabulosamente.

—Pues ya hay motivos para su precio: su escasez, su rareza...

—Pero en el mundo existen otras cosas tan raras como los diamantes, o más, y no cuestan tanto.

—¿Y por qué no cuestan tanto?

—Por la demanda; porque nadie las quiere.

—Comprendo. Y los diamantes, en cambio, todo el mundo los desea.

—Naturalmente.

—Porque son bellos y porque son raros.

—Justamente, Chonón. La belleza del diamante radica, precisamente, como ya te he dicho, en su capacidad para reflejar vivamente la luz.

—Todo lo que brilla es bello.

—Los ojos de los niños, sobre todo.

—El oro, la plata...

—No; los metales no valen tanto por su brillo como por su color y utilidad... ¿No has visto el oro mate?

—Sí.

—Es tan bello como el oro brillante.

—Es cierto.

—Ello te demostrará mi afirmación.

## CORRESPONDENCIA

Enrique Jarnés.—Mi queridísimo Enrique: Tus dibujos están para salir. Ya los verás en las páginas de PINOCHO, triunfantes, expuestos a la admiración de todos los Pinochistas del globo. Eres un artista, un Pinochista genial, un prodigio, un portento. Y esto no es opinión mía solamente—¡que ya sería bastante, creo yo!—, sino de todos mis compañeros: de Pirula y Anita, de Don Turulato y Currinche, de Potipán y Morronguis, de todos. No creo que estés disgustado conmigo por tanto tiempo—poco, relativamente—como he tardado en avisarte la salida de tus trabajos. ¡Tengo tanto que hacer! ¡Y son tantos los Pinochistas que me escriben diariamente! Tú me perdonarás. Un Pinochista como tú, tan inteligente y tan simpático, siempre está pronto a disculpar al héroe de los muñecos.

Abrazos de Morronguis, Don Turulato y Currinche; apretones de manos de Potipán, Cañamón, Tin, Ton, Colorín, etc., etc. Mío, para tí, un abrazo, cordialísimo, apretadísimo.

Afonso Gómez Jordana.—Mucho me gustan tus chistes, tu cuento y tus dibujos; pero no puedo publicarlos. Esta imposibilidad, que data de algunos números a esta parte, podrás comprobarla, apreciarla y justificarla, a la vez, en cualquier número anterior de PINOCHO si lees atentamente esta sección de «Correspondencia». Nada más. ¡Qué seco estoy hoy! Un abrazo, dos abrazos, mil abrazos cordiales, incondicionales y universales, de tu mejor amigo de madera.

Angel Ubeda Herreros de Tejada.—Con tu incomparable carta—¡oh estilo suelto, efusivo y alegre de mis queridos Pinochistas!—recibo tus problemas—es decir, las soluciones de los míos—y tu retrato. ¡Qué bien está tu carta, conmigo; cuán bien has estado tú, con los problemas; y qué acertadamente, qué atinado ha estado contigo, el fotógrafo! No es este un Frankzen, precisamente; pero merece serlo. Está muy bien, estás muy bien. Tu carta ya obtuvo su éxito, en las 88 lecturas que ha sufrido—o gozado—; tus problemas obtendrán o no obtendrán el suyo, a su tiempo; y tu retrato saldrá en PINOCHO a la mayor brevedad posible, en la galería incomparable de los retratos de suscritores. Y basta por hoy.

Recuerdos de Pirula y Anita. Besos de Tin y Ton. Abrazos de Morronguis y Potipán. Y apretones de manos de los demás simpáticos personajes de mi cuadrilla.

Josefina Rodríguez Gómez.—«¡Vaya una Pirulina guapa!» «¡Vaya una Pinochista bonita!» Estas fueron las exclamaciones que Pirula y Anita, respectivamente, lanzaron ante la maravilla de tu retrato. Excuso decirte que todos los demás—Morronguis, Don Turulato, Potipán, Lucio, Don Amaro, Cañamón, etc., etc.—se unieron incondicionalmente a las justas exclamaciones de Pirula y Anita. ¡Vaya una Pirulina guapa! Verdad que no me extraña gran cosa. A más de una inteligencia insuperable, confluyen en los Pinochistas unas perfecciones físicas, exteriores, de líneas, maravillosas. Tú eres uno de estos prodigios. Tu último premio, como pasatiempista, habla de tu talento:

tu retrato, de tu hefmosura. ¡(Alto en el piropo!) Supongo en tus manos el último premio que ganaste—¡una tontería de libros!—. Y ya recibí tu boletín renovador de tu suscripción anual.

¡Adiós, Josefina! Cuenta con la admiración y el cariño de todos tus amigos de madera, trapo y serrín.

Leopoldo Sañudo.—Tu carta cariñosísima merece unas líneas por mi parte, no menos cariñosas que las tuyas. Te felicito por tu primer premio como suscriptor. ¡Tienes suerte! No hay que darle vueltas. Con tu carta nos llega tu ejemplar fotográfico, en la cual te acreditas como velocipedista insuperable. ¡Como que no nos explicamos aquí cómo corriendo tanto, como corres, con tu triciclo, no te has escapado del retrato, ¡a 20 por hora!

Mi enhorabuena y el saludo cordialísimo de la redacción de PINOCHO. Miguel Lozano Álvarez.—Muy bien el avestruz de tu dibujo. Pero viene con tinta azul, con un cupón de soluciones y en época, además, en que no admito colaboración hasta publicar los trabajos que tengo acumulados. ¡Comprendes?

José Luis Casado Menéndez.—Lee la última parte, la última razón, motivo y justificación de la carta de más arriba.

Rafael Cerdá.—Supongo en tu poder el primer premio que te correspondió por tus últimas estupendas soluciones. ¡Eres grande! No nos cabe duda. Con tu carta de Pinochista contento y agradecido, recibimos tu nuevas soluciones para los nuevos concursos. Maravillan tus obras, tu talento, tu constancia. Pinochistas como tú, querido Rafael, llegan a donde quieren.

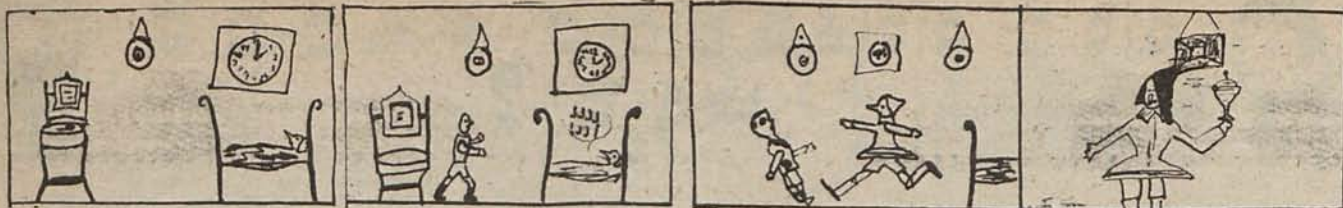
Mariano Bárena.—En este momento recibo, leo y releo tu carta. Muy bien, Mariano. Ya sabía yo que no eras un Chapetón, sino un Pinochista, un ejemplar, admirable e insuperable Pinochista. ¿Qué puedo contestar a la tuya? ¿Qué puedo decirte? Nada y mucho. Espero que tus dibujos, los que tienes aquí desde hace tiempo, saldrán pronto, muy pronto. Y me alegra muchísimo, por ti, tu decisión de renovar tu suscripción pinochista. Bien, Mariano. No eres un Chapetón; eres un amigo mío, de los mejores, de los más amables, un gran amigo.

Abrazos de todos mis compañeros, que han leído tu carta aguantando la respiración, de un tirón, emocionadísimos, y un apretón de manos de tu mejor amigo de madera.

Os recuerdo que con las cartas que necesiten respuestas debéis enviar cincuenta céntimos en sellos, sin lo cual no será posible contestaros.



## PINOCHO, DORMILÓN



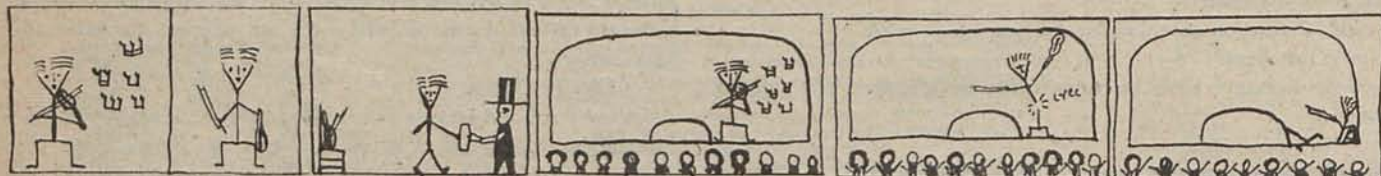
Pinocho está durmiendo, durmiendo ya como un leño.

Yo, que le estaba escuchando, de miedo iba tiritando.

Pinocho se levanta, y una gran torta me dio.

Y Pinocho me gana de un gran bofetón que me dio.  
JUAN JOSE FERRER. —Diez años. Madrid

## EL VIOLINISTA



Violinista afa-  
[mado,  
don Bonifacio Pi-  
ñado.

Está el pobre  
[tan flacucho,  
que parece un  
[aguilucho.

Una contrata le han dado  
para el teatro Eldorado.

Un auditorio escogido  
le escucha muy complacido.

A la mitad del concierto  
ocurre un gran desperfecto.  
JUAN B. ESTRUCH. —Sabadell. Trece años.

Su cuerpo, tan desnitrado,  
por la mitad se ha partido.

**Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En esta gallería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.**



José Antonio Basagoiti.



Angel Ubeda Herreros de Tejada.



Gilbert Laporte Soto.

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales y regalos especiales.**

### REGALOS GENERALES

- 1.ª Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
- 2.ª Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
- 3.ª Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía. (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
- 4.ª Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
- 5.ª Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

### Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## YA HAY EJEMPLARES

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

**Pinocho en la India.**  
**Pinocho I el cigüeño.**  
**Pinocho, domador.**

**Las jugarretas de Chapete.**  
**Chapete en la isla de los muñecos.**  
**El nacimiento de Pinocho.**

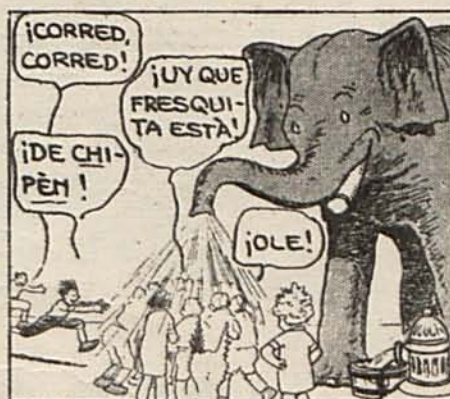
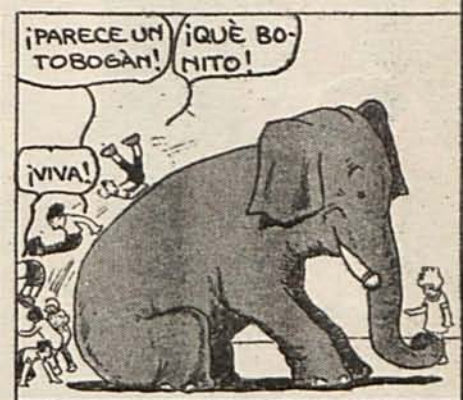
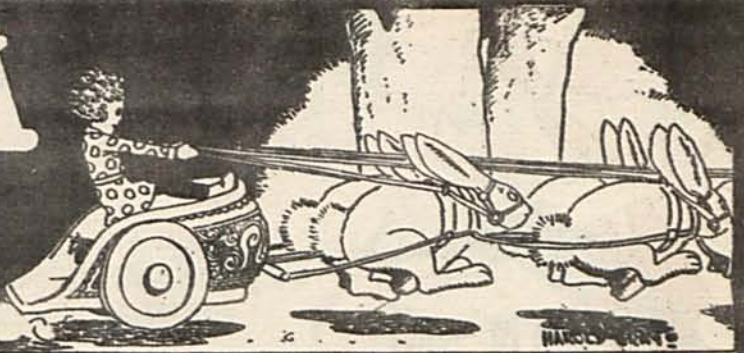
CADA TOMO 1,50 PESETAS

En todas las librerías y en **Editorial «Saturnino Calleja», S. A. — Apartado 447 - Madrid**, que los remite a toda España y América con solo pedirlos con su importe. Añádase al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.



# ANITA

## BUEN-CORAZON







# SECCIÓN PIRULA

## CONSEJOS DE PIRULA

*El hipo.*—No siempre los padecimientos graves son los más molestos. Nada más desagradable, por ejemplo, que el dolor de muelas, y la gente se ríe de quien lo sufre; o el constipado nasal, y no se le suele conceder importancia; o el hipo.

Conozco a una niña que suele tener un hipo agudo, brusco, ruidoso, algo así como el «jhin han!» de un borriquillo que se detuviese en «lhin!»; conozco a otra, a quien le da un hipo muy leve y silencioso, pero que le dura la mar de rato. Si fuéramos a definir todas las clases de hipos, desde el hipo... crás hasta el hipo... pótamo, no acabaríamos. (Perdonadme este chiste tan malo.) Prefiero indicaros algún remedio contra esta molestia, pues, desde luego, debe prescindirse, en absoluto, del susto, que es malo y puede ser hasta peligroso.

Un buen sistema consiste en beber varios tragos de agua —cuantos más, mejor— *sin respirar*.

También suele dar buenos resultados comer un terrón de azúcar, en el cual se vierten unas gotas de zumo de limón o de vinagre.

Claro que se dan casos terribles, como aquél de un niño a quien nunca fué posible quitarle el hipo; ¡como

que se llamaba Hipólito! (Otra vez perdón por este chiste... peor.)

## PIRULA, BORDADORA

*A punto de nudo.*—¿Conocéis al señor don «Punto de Nudo»? Creo habérselo presentado ya en otra ocasión. El caballero Punto de Nudo, a pesar de su nombre rimbombante, es un punto de lo más simpático, campechano y sencillo que cabe. Además, como puede verse en esta página, es bonito. Este punto —ya tenemos bastante confianza con él para quitarle la mayúscula— no solamente sirve, como acaso os figuráis, para llenar el centro de las margaritas y otras flores bordadas; él solito se basta para componer motivos lindísimos y de una facilidad de ejecución extraordinaria.

Os indico hoy algunos ejemplos del partido que se puede sacar de los bordados a punto de nudo; conviene ejecutarlos siempre con algodón perlé muy grueso, en negro sobre las telas de tonos fuertes y viceversa, o en blanco sobre los matices pálidos. Os aconsejo que bordéis en un solo color los motivos de flores; en cambio, el que forma cuadros y cubre por entero la prenda en que va bordado, resultará originalísimo y de un gran efecto visual en varios colores combinados: rojo, amarillo, azul y negro. El aspecto es el de alguna tela búlgara, checoeslovaca o de cualquier otro país de los Balkanes.

